



En el subterráneo de su casa, el rector y sus hijos toman clases de música.

“Nos levantábamos en la mañana, ella me hacía un desayuno, una paila con huevos, y nos poníamos a estudiar de 10 a 12.30. Después llegaba con el almuerzo, veíamos la televisión, dormíamos un poco siesta y de 17 a 19.30 hacíamos la segunda clase. En la noche jugábamos canasta”. Con los días, Sánchez fue entendiendo que esos símbolos extraños eran letras.

En octubre volvió al colegio, las profesoras lo felicitaron y pasó de curso. Ignacio Sánchez nunca más volvió a tener una mala nota. Nunca más dejó que sus padres se preocuparan por su rendimiento. Nunca más dejó que algo lo superara. De ahí en adelante, Sánchez acuñó la frase “lo que hago, lo hago bien”.

No es obsesión

En su escritorio de la rectoría de la Universidad Católica no hay nada, ni un papel, ni un clip, ni un lápiz de más. Todo lo que hay encima de ese mueble antiguo de madera tiene una razón y está ordenado. Ignacio Sánchez no acumula papeles ni le gusta dejar nada pendiente. Por eso se despierta a las cinco de la mañana, revisa la prensa, contesta mails, desayuna y se va a la universidad. Llega antes de las 7.45.

Sentado en su escritorio impecable, cuenta que es el tercero de seis hermanos; los dos

mayores, hombres; las tres menores, mujeres. Que desde segundo básico siempre ocupó los primeros lugares, algo nunca antes visto en la familia Sánchez Díaz. Pero nadie lo felicitaba por ello, “nadie me celebraba el 6,9 de promedio”.

Tampoco se le exigía tener buenas notas. Su madre lo incentivaba a disfrutar la vida. “Tengo el recuerdo de tener 12 años y estar leyendo un libro, y mi mamá apagando luces diciendo: ‘Ya, pues, mijito, ¿para qué estudia? Des-

Su padre no tuvo trabajo estable por 12 años. “La cesantía fue un tema duro para la familia, que se sintió muy fuerte en mi casa”.

canse, páselo bien, la vida es corta”.

Durante esos años no sabía que estudiaría Medicina. Por el contrario, soñaba con ser arquitecto. Sin embargo, en las vacaciones de invierno de cuarto medio cayó en sus manos el *Villeep*, un libro de biología. Se fascinó con la estructura de la célula y supo que quería ser doctor. Una vez más, en eso ayudó su abuela Mercedes, quien siempre le habló de medicina, ya que su marido -y abuelo de Sánchez, que murió cuando éste aún no nacía- era médico. “Me puse a estudiar, me fue bien y entré acá”, dice Sánchez, refiriéndose a la UC. No fue casual. “Pasaba por aquí todos los días para ir al colegio y me gustaba la Casa Central y el Cristo. Además, la mayoría de mi familia siempre ha sido del club deportivo de la Católica”.

Egresó de Medicina en 1986. Hasta 1989, hizo la especialización en pediatría y obtuvo el título con distinción máxima. Luego, se ganó una beca para un *fellowship* de Broncopulmonar Infantil en Winnipeg, Canadá. Ahí estuvo hasta finales de 1992. Durante su carrera ha publicado más de 200 artículos y un libro de la especialidad. Se ha desempeñado en el Hospital de la UC como Jefe de la Sección Respiratorio Pediátrico y del Servicio de Pediatría. En la Escuela de Medicina llegó a ser director. En 2008 fue elegido decano. Y luego, en marzo de 2010,

asumió como rector.

En los casi tres años que lleva a la cabeza de la UC, ya se reconoce su estilo. No descansa. Está pendiente de todo. El prorrrector Guillermo Marshall dice: “No esquivo nada. Lo que él me delega es porque no le da el tiempo, no porque lo evite. Todos los que trabajamos con él tenemos que llevar un ritmo de trabajo muy fuerte”. Agrega que el rector “visita las facultades, se junta con los profesores, con los alumnos, con los administrativos, los escucha, toma nota. Es muy mateo. Y si tiene algún problema con alguien, no manda recados. Cita a esa persona a las ocho de la mañana del día siguiente”.

Para un tipo eficiente como él, es difícil digerir lo que hoy ocurre con las acreditaciones universitarias y la educación superior: “Nuestra educación superior tiene calidades muy diversas. Hay una con altos estándares, reconocida en los rankings. Y otra con serios problemas, con proyectos educativos inmaduros, que no cumplen la calidad mínima. Si no cumplen, tendrán que recibir apoyo y evaluar su continuidad. Respecto a las acreditaciones, hay primero un tema legal y de tráfico de influencias que es inaceptable y está en la justicia; y además hay un sistema que creció desordenado y necesita actualización completa”.

El rector mira hacia la Alameda por la ventana de su oficina en Casa Central. Comenta que él tiene un sentido de misión en su cargo, que por eso aceptó el encargo de la Iglesia: “Es mi manera de expresar mi fe, por lo cual debo entregar lo mejor de mí a la comunidad universitaria”. Se queda pensando. En ese rasgo suyo de querer estar en control de todo. Dice que en eso no hay obsesividad. “No me siento perfeccionista en el sentido más enfermizo del tema, sólo que me gusta hacer las cosas bien y no tener nada pendiente. Quiero tener las cosas lo más al día posible”.

Hoy, su madre de 79 años sigue con los ojos puestos sobre él. Todas las mañanas, cuando el rector la llama para saber cómo amaneció, le dice: “Mijito, ¿por qué tan temprano? Por Dios, la gente no debe querer ni verlo”.

Mirada política

Ignacio Sánchez nació en Santiago, en la Clínica Santa María. Creció en una casa pareada y de estilo inglés ubicada en la calle Badajoz, cerca del Apumanque, en Las Condes. Todos los días se iba al colegio con sus cinco hermanos en la combi VW de su papá. Un día, durante ese trayecto, sucedió algo inusual: “Mi papá dijo: ‘Miren, ese es Salvador Allende’. Yo tenía siete años, y recuerdo que vi a un caba-